

RELATO GANADOR  
del IV Certamen Literario Manuel  
V. Segarra Berenguer

A woman with long hair, wearing a white tank top and dark shorts, is walking away from the camera on a sandy beach. She is walking towards a large, light-colored cliff face on the right side of the frame. The sky is clear and blue, and the sun is low on the horizon, creating a warm, golden light. The woman's shadow is cast on the sand in front of her. The title 'PASOS Duplicados' is overlaid on the image, with 'PASOS' in a bold, serif font and 'Duplicados' in a larger, italicized serif font. A red horizontal line is drawn under 'PASOS'.

**PASOS**  
*Duplicados*

MIGUEL ÁNGEL  
MOLINA



ESCRITORES EN SU TINTA

Relato ganador

IV Certamen Literario Manuel V. Segarra  
Berenguer.

[www.escriitoresensutinta.com](http://www.escriitoresensutinta.com)

Pasos duplicados © Miguel Ángel Molina 2021 ©

Diseño de portada: Rafael Belda Ros

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Artemisia

## **Pasos duplicados**

Entra en el apartamento repasando la correspondencia, en su mayoría papeles satinados de diversos tamaños. Sobre el taquillón de la entrada va dejando caer como hojas caducas las ofertas de dos por uno en alimentación, la bajada de precios en mobiliario de jardín y otras gangas impresas en colores chillones y grafías desmesuradas. Sin embargo, no todo lo que contiene el buzón es publicidad. Oculto entre la hojarasca propagandística, encuentra un sobre blanco con el nombre de su hijo escrito a mano. Al voltearlo en busca de remitente, descubre con disgusto un logotipo estampado que ya conoce, el de la organización a la que decidió regalar su pierna.

Mario oye el golpe de la puerta al cerrarse y el tintineo de las llaves antes de precipitarse y enmudecer dentro del bolso ajado de su madre. Ni siquiera hace intención de moverse de la silla, permaneciendo inmutable como si su cuerpo estuviera atornillado al asiento. Sabe que en circunstancias normales habría cumplido con ese mínimo receso que se permite, aprovechando para salir de la habitación y oxigenar sus neuronas, seguido por un par de besos y esa pregunta protocolaria: «¿cómo te ha ido el día?», que daba paso a una breve conversación entre ambos antes de que volviera a concentrarse de nuevo en sus estudios. Sin embargo, como viene sucediendo desde hace más de un mes, cuando tuvieron una agria discusión, prefiere ignorar su llegada y deja que la madre entre sola en el salón, que se siente sola en un extremo del sofá y que se fume sola ese cigarrillo que tanto la apacigua cada vez que llega del salón de belleza donde trabajaba.

Reconoce que aquel pulso no es más que una cuestión de orgullo, de razones mal entendidas y peor explicadas que no tiene justificación prolongar en el tiempo. Ninguno de los dos puede permitírselo. A fin de cuentas, no se tienen más que el uno al otro. Que él se refugie en la habitación, mientras ella hace lo propio bajo la neblina tóxica de sus cigarrillos, solo ensancha la brecha entre ambos. Sabe que debe sacudirse la soberbia y arreglar las cosas de una vez por todas, por la tranquilidad de su hijo y la suya propia. Apenas quedan quince días para que el muchacho se examine de las oposiciones y decir que se juega mucho, además de algo obvio, es restarle gravedad a la situación económica que se vive desde hace tiempo en esa casa.

Mario ha apostado su futuro y el de su madre a una carta. No puede permitirse el lujo de suspender después de tantos meses de encierro, de tantas horas hurtadas al sueño, de tantas tazas de café y de tantas

píldoras vitamínicas engullidas como si de gominolas se tratara. Asume que cuando lea su nombre y apellidos en el boletín oficial, cuando vea su firma estampada en papel timbrado, entonces, y gracias a la partida presupuestaria asignada por el Estado, podrá comenzar la tarea de reconstrucción a partir de las ruinas de la familia que una vez fueron.

Después de prender un segundo cigarrillo, vuelve a centrarse en el remite del sobre. Manosea la carta con desagrado, avivándose en su pecho el resentimiento a cada palpito. ¡Ser una madre demasiado confiada, ese ha sido su pecado! Se siente engañada y se ha arrogado el papel de víctima, por lo que decide rasgar la solapa del sobre convencida de que tiene todo el derecho a profanar la privacidad del hijo. Justifica su acción pensando que es ella, en definitiva, quien lo mantiene y paga todas las facturas. Una vez abre la carta, introduce el pulgar y el

índice de su mano derecha y, con cuidado de que no se doble o se arrugue, saca lo que parece ser una fotografía.

En estas circunstancias, cuando ambos coinciden en casa, aunque se encuentren en habitaciones separadas, Mario no consigue concentrarse en el estudio. Su mente no hace otra cosa que retrotraerse al instante en que se originó la discusión que los ha distanciado. «¿Por qué no vendes la prótesis vieja? —le propuso su madre el mismo día que recogieron la nueva en la ortopedia—. Ya sabes que desde que tu padre murió ando muy apurada para llegar a fin de mes». Esa obsesiva preocupación por controlar cada céntimo siempre ha irritado a Mario. A pesar de todo el sufrimiento por el que ha tenido que pasar, su afán por levantarse le empuja a ver las cosas desde una perspectiva muy diferente, sin esa armadura pesimista que lastra la vida de su madre desde que enviudara. Sabe que, de vez en cuando, las tornas cambian, que si se esfuerza lo bastante y no baja los

brazos pronto navegarán a favor de corriente y no río arriba. Vender objetos por unos míseros euros, solo puede servir, a la larga, para vaciar la casa de enseres y tener una panorámica mucho más amplia y despejada de sus miserias. Cada hueco, cada ausencia, cada sombra en la pared las haría visibles. «No tengo ninguna intención de venderla —le había asegurado Mario a su madre—. Voy a hacer algo mucho más útil con ella: la voy a dar».

En un primer momento, su mirada se engancha como un arpón a la prótesis que puede verse en la fotografía. Le parece que, de toda la imagen, es el único elemento enfocado con nitidez por el obturador de la cámara. Tal es su nivel de ofuscación que ha llegado al extremo de que mente y retina confabulen entre sí para darle la razón, distorsionando su propia percepción de las cosas. A todo color y en papel brillo, la reproducción evidencia tanto el empeño firme del hijo como su pérdida de autoridad. Cuando Mario le habló de aquella



organización que repartía sillas de ruedas y prótesis de segunda mano por las aldeas más remotas del norte marroquí, había tratado de resistirse a la idea. «No sé por qué la quieres regalar tan alegremente —le recriminó con crudeza en un último intento por conservar la prótesis antigua—, ¿no ves que te puede servir de repuesto si tienes algún problema con la nueva?». Sin embargo, sabía de sobra que su argumento carecía de consistencia frente a la altruista decisión del hijo. «No conozco a nadie que necesite más de dos piernas para andar», arguyó este señalándose la pierna fabricada en fibra de carbono. Era consciente de que aquella frase era definitiva, no admitía réplica alguna, por lo que finalmente se vio obligada a renunciar al dinero que pudiera obtenerse por la vieja prótesis de acero inoxidable.

Del tablón de la pared todavía cuelga la página del periódico. Mario se la había llevado de una cafetería escondida en un bolsillo del abrigo sin que nadie se

percatara de ello. Aquel reportaje le removió tanto como para arrancar la hoja de cuajo y, al llegar a casa, clavarla en el centro del corcho como si fuera el ejemplar más valioso de un coleccionista de mariposas. Quiso que estuviera allí, frente a él, para confrontar su realidad cada vez que levantara la vista de los apuntes. Desde que perdiera la pierna, no se había planteado en ningún momento que con un miembro de menos las oportunidades no son las mismas si hay una franja de mar por medio. Todo depende del lado en el que uno se encuentre, como era el caso de esa niña que había pasado los diez años de su corta vida tumbada sobre una alfombra. Con una espalda retorcida por la escoliosis, ni siquiera era capaz de sentarse en una silla por no tener un corsé rígido que la sostuviera. O aquella familia de cinco miembros, todos afectados por una enfermedad degenerativa que les obligaba a turnarse la única silla de ruedas eléctrica existente en el poblado. Por no hablar de

los numerosos amputados a causa de la diabetes, las infecciones o los accidentes como el suyo, a los que gracias a las prótesis recicladas les era posible regresar a las tareas que un día fueron enterradas junto a sus extremidades. Mario entendió de inmediato que la soltería de un muñón, sin pierna ortopédica con la que emparejarse, triplicaba el grado de discapacidad de cualquier amputado. Indiferente a lo que pudiera pensar su madre, quiso que su acto de solidaridad no se quedara en un simple sucedáneo, así que aprovechó mientras esta trabajaba en el salón de belleza para un día meter la prótesis en una caja, sellarla con cinta americana y llamar a una empresa de mensajería para que se la llevaran. Al rellenar el impreso, en el recuadro correspondiente al destinatario, escribió el nombre de la organización a la que aludía la hoja hurtada al periódico.

Enciende un tercer cigarrillo rubio. Tras una profunda calada, repara entonces en el joven de la

imagen. Con una sonrisa franca, exhibe orgulloso la prótesis de su hijo. Nota un hormigueo nervioso por todo el cuerpo, le parece que ambos comparten algo más que la amputación de la pierna izquierda. A primera vista, su edad y complexión física resultan muy parecidas, aunque el color de la piel no admite confusión alguna. Esa inquietud inicial evoluciona con rapidez hasta convertirse en pura agitación, tanta que la mano con la que tiene sujeta la fotografía comienza a temblarle. De hecho, siente incluso que le falta el aire, como si un par de puños invisibles le hubieran atravesado el tórax y le estrujaran con fuerza ambos pulmones. Al borde mismo de un ataque de ansiedad, estalla en un llanto incontrolable en el que derrama toda la tensión acumulada durante las últimas semanas.

Le resulta imposible no oír sus gemidos desde la habitación. Los tabiques del apartamento son demasiado permeables para servir de dique, lo que deja a Mario sin

excusas. Tragándose los restos de orgullo que pudieran quedarle, se encamina hacia la salón, donde su madre trata de utilizar sin éxito el dorso de una mano como secante.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunta— ¿Por qué lloras?

Ella le alarga la fotografía junto al sobre en el que están escritos su nombre y dos apellidos.

—Perdóname, he sido una egoísta —dice entre sollozos—. Tenías razón, las piernas son tuyas y puedes hacer con ellas lo que quieras. Yo solo quería conseguir algo más de dinero para ti, para tus estudios. Sabes que con lo de la peluquería y la poca pensión que me quedó de tu padre apenas nos da para comer y pagar la hipoteca.

Tienen que transcurrir unos largos segundos hasta que Mario logra establecer una conexión coherente entre aquel sobre, las contritas palabras de su madre y el joven marroquí de la fotografía, quien sonriente exhibe su

gratitud señalándose una pierna que reconoce de inmediato.

—No hay nada que perdonar —dice al cabo, atrayendo la cabeza de ella contra su pecho en un intento de consolarla—. Deja de culparte, el único responsable de que nos encontremos en esta situación es papá.

—No me gusta que digas eso.

La voz de la madre, no más que un susurro, suena carente de convicción.

—Es una suerte que el día del accidente tú no fueras con nosotros y yo solo perdiera una pierna. Podría haber sido mucho peor, ahora podríamos estar todos muertos —Mario le alza el rostro con ambas manos y, mirándola con ternura, añade—: Todo va a salir bien, mamá. Te lo prometo.

Ya más serena, ella le pide que vuelva a la habitación para seguir con sus estudios. Mario deja entonces a su madre otra vez sola en el salón, no sin antes

darle un abrazo. Cuando sale al distribuidor de la casa lo hace con la mirada fija en la sonrisa contagiosa del muchacho de la fotografía. Una vez en el pasillo, se dirige a su habitación de manera pausada, con esa cojera característica que le produce la vieja prótesis de acero inoxidable.